

Del mundo mágico del lenguaje infantil al mundo maravilloso del lenguaje adulto¹

Miguel JOSÉ PÉREZ

Universidad Complutense

Tres sonetos de Dámaso Alonso²

UNA VOZ DE ESPAÑA

Desde el caos inicial, una mañana
desperté. Los colores rebullían.
Mas tiernos monstruos ruidos me decían:
«mamá», «tata», «guauguau», «Carlitos», «Ana».
Todo —«vivir», «amar»— frente a mi gana,
como un orden que vínculos prendían.
Y hombre fui. ¿Dios? Las cosas me servían:
yo hice el mundo en mi lengua castellana.
Crear, hablar, pensar, todo es un mismo
mundo anhelado, en el que, una a una,
fluctúan las palabras como olas.
Cae la tarde, y vislumbro ya el abismo.
Adiós, mundo, palabras de mi cuna:
adiós, mis dulces voces españolas.

¹ Título de la última «lección magistral» que el profesor Miguel José Pérez pronunció en el homenaje que se le tributó, el 29 de mayo de 2001, con motivo de su jubilación, lección que reproducimos aquí.

² Dámaso Alonso, *Tres sonetos sobre la lengua española*, Madrid, Gredos, 1958.

NUESTRA HEREDAD

Juan de la Cruz prurito de Dios siente,
furia estética a Góngora agiganta,
Lope chorrea vida y vida canta:
tres frenesis de nuestra sangre ardiente.
Quevedo prensa pensamiento hirviente;
Calderón en sistema lo atiranta:
León, herido, al cielo se levanta;
Juan Ruiz, ¡qué cráter de hombridad bullente!
Teresa es pueblo, y habla como un oro;
Garcilaso, un fluir, melancolía;
Cervantes, toda la Naturaleza.
Hermanos en mi lengua, qué tesoro
nuestra heredad —oh amor, oh poesía—,
esta lengua que hablamos —oh belleza—.

HERMANOS

Hermanos, los que estáis en lejanía
tras las aguas inmensas, los cercanos
de mi España natal, todos hermanos
porque habláis esta lengua que es la mía:
Yo digo «amor», yo digo «madre mía»,
y atravesando mares, sierras, llanos,
—oh gozo—, con sonidos castellanos,
os llega un dulce efluvio de poesía.
Yo exclamo «amigo», y en el Nuevo Mundo,
«amigo» dice el eco, desde donde
cruza todo el Pacífico, y aún suena.
Yo digo «Dios», y hay un clamor profundo:
y «Dios», en español, todo responde,
y «Dios», sólo «Dios», «Dios», el mundo llena.

Del mundo mágico...

Estos tres sonetos de D. Alonso sobre la lengua española, que os han dado, marcan la pauta de esta mi última lección/charla que como profesor voy a desarrollar ante vosotros. Es ésta una idea que me propuso el Director del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura, Jaime García Padrino, compañero en nuestras tareas docentes, pero sobre todo amigo, con una amistad

que viene de lejos y que no sólo es personal sino que está enriquecida con la amistad común entrañable de otros compañeros también muy queridos —también aquí presentes—, y con el recuerdo inolvidable de alguno ya ausente pero también presente en el anillo de nuestra común memoria. (Gracias por brindarme esta ocasión, Jaime). Quiero también dar las gracias a la Ilma. Sra. Vice-decana, profesora María Luisa Chimeno, por acompañarme; a Teodoro —entrañable alumno y hoy compañero—, y a todos los que han hecho posible este acto.

Decía que esos tres sonetos marcaban la pauta de esta charla. En el primero se nos habla del nacimiento del ser humano —teniendo como falsilla el nacimiento del día—, pero no del nacimiento a la vida fisiológica, sino a la vida de la palabra («Somos hombres por la palabra», dice también Dámaso Alonso).

«Una mañana desperté»... Ha nacido un nuevo ser humano, un niño; y nace una mañana, es decir, rompiendo las tinieblas de la nada, del «caos», y lanzándose al impresionante y ordenado cosmos del lenguaje con luz iniciática, aural, rebosante de vida, que se derrama y expande. Pero antes de llegar a la plenitud, al dominio de ese «mundo», el niño —que todavía no lo conoce— ve aquella luz descompuesta en «colores» que «rebulen» en las cosas; se siente protegido, amado, por unos seres de enorme magnitud (padres, abuelos, parientes, amigos: «tiernos monstruos»), que se deshacen en deliquios de amor hacia él, a quien se dirigen diciéndole palabras que intelectualmente no entiende pero cuyo profundo significado capta perfectamente («ruidos me decían», ruidos que van desde el más universal hasta el más íntimo y personal: «mamá» —la sílaba «ma», simple o repetida, aparece en casi todos los idiomas del mundo para designar a la madre— y «Ana», que era el nombre de su madre).

El niño va **ordenando** esos ruidos y **enlazándolos**: ya son **palabras**, estructuras... Y va creando el mundo, su mundo. Es Dios (todos los mitos-leyendas de las religiones que hablan de la creación nos dicen: «creó el mundo no con sus manos ni con su semen sino **con la palabra**»). En el principio era «La Palabra», se dice en el *Génesis*... Y también: «dijo Yahvé: 'Hágase... y se hizo'»).

Ese niño se transforma: siente que la vida le desborda («Todo —vivir, amar— frente a mi gana», «crear, hablar, pensar: todo es un mismo mundo anhelado...»). Crea/enriquece el mundo con la palabra, las palabras que afluyen a él «como olas»...

Pero aquella «mañana», en su fecundo caminar, se ha convertido en «tarde»... Aquel niño, ya hombre maduro-viejo, va a morir, volverá al «caos» (al «abismo»). Y el creador se despide de su lengua/su mundo: «Adiós, mundo, palabras de mi cuna»... Se despide añorante, sí, pero también sereno, complacido: «Adiós, mis dulces voces españolas»... Y el hombre muere porque pierde su palabra («La

muerte no es sino la pérdida mental de la palabra», nos dice también Dámaso Alonso).

El segundo soneto canta a los grandes creadores de nuestro mundo, ese mundo que hemos heredado de ellos; se lo debemos porque nos siguen enriqueciendo y haciéndonos gozar del mundo que ellos crearon para siempre, para nosotros y para todos: «Juan de la Cruz prurito de Dios siente», «Juan Ruíz, ¡qué cráter de hombridad bullente!», «Furia estética a Góngora agiganta», «Quevedo prensa pensamiento hirviente», «Cervantes, toda la naturaleza»...

El último, como veis, lo dedica a «nuestros hermanos» en la lengua.

Todo esto puede decirse de cualquier lengua (y así el niño francés sale hablando francés, para asombro del portugués de la famosa décima). Lo que pasa es que Dámaso Alonso es español y por eso habla de «Una voz de España».

Volvamos a este primer soneto, a los «ruidos». Ya dijimos que aquellos «ruidos» se iban convirtiendo en «palabras» y en palabras estructuradas. El niño **está empezando a aprender y a usar** «su» lengua. Está descubriendo el mundo, la vida, el amor: Sí, el amor, el amor que recibe y el amor que da —lo viene haciendo desde su nacimiento, desde los primeros vagidos que emite al salir del vientre de su madre—.

Dice el filólogo húngaro G. Revesz que «el lenguaje es la más maravillosa creación de la mente del hombre». Si eso es maravilloso de por sí, lo es más aún cuando pensamos que esa «maravillosa creación» tiene lugar ya en los primeros años de la existencia del hombre; desde que descubre que puede jugar con los sonidos de su propia voz. Y es que el hecho de que el niño antes de cumplir sus dos años de vida empiece a hablar es algo tan prodigioso que —como dice Miguel Siguán-

... sólo la costumbre de verlo con tanta frecuencia a nuestro alrededor nos impide sentir el asombro que algo tan extraordinario y a primera vista tan inexplicable debería producirnos³.

Sabemos que el niño se va apoderando del lenguaje y en su dominio avanza vertiginosamente. Hasta tal punto que «no existen prácticamente límites en lo que él puede hacer con el lenguaje»⁴. Para el niño —ya lo hemos dicho en varias ocasiones— **el lenguaje es mucho más que un instrumento de comunicación**. Y, como sostenemos en nuestra tesis doctoral, «con el lenguaje el niño se entre-

³ M. Siguán, «Prólogo» a C. Garvey, *El lenguaje infantil*, Madrid, Morata, 1987, p. 11.

⁴ M. A. K. Halliday, *Exploraciones sobre las funciones del lenguaje*, Barcelona, Médica y Técnica, 1982, p. 15.

tiene, se divierte, lo crea y se recrea. La creatividad y la expresividad de su habla aparecen por doquier. Es precisamente la conquista del lenguaje lo que lleva consigo, ante todo, el desarrollo de la capacidad creadora»⁵.

Esa capacidad creadora está continuamente presidida, guiada, por una desbordante imaginación; de tal modo que podemos decir que el lenguaje de los niños —**dominado por la función expresiva**— es producto de la imitación y la imaginación creadoras. A la vez es un lenguaje cargado de ternura, que se derrama por la vida diaria como un diluvio de poesía, porque es el suyo no sólo **un mundo maravilloso**, como el lenguaje de los adultos, sino también y sobre todo **un mundo mágico**.

Los niños de estas edades (2-6 años) nos dejan sorprendidos con el uso que hacen de la palabra en sus intervenciones espontáneas. La belleza de esa habla viene motivada por la ingenuidad e imaginación del niño, por la sorpresa que nos producen y lo inesperado de la misma, por los rasgos poéticos, en definitiva, que la llenan de una deliciosa expresividad y de un encanto indefinible. Los niños pueden hacer que la *caja* de una tarta se convierta en *garaje*, o que una *calabaza* se transforme en una bella *carroza*... Los niños pueden transformar —y crear— la realidad a su antojo: «Yo puedo ser una luz si quiero y tú no», le dice Ana (4.8) a su profesora. Y es que el niño —como afirma Jean Cohen— es poeta «malgré lui». Por eso dice Schiller que «solo la fantasía permanece siempre porque lo que no ha ocurrido no muere jamás».

Descubrimos en el habla de los niños de estas edades un lenguaje profunda e intuitivamente poético. Así podemos encontrar, entre otros muchos, los siguientes «textos» infantiles de los que entresacamos algunos de los numerosísimos ejemplos que tenemos recogidos, unos publicados y otros presentados aquí por primera vez⁶:

1. **Metáforas** en su sentido más amplio..., imágenes animadas, hiperbólicas, contestaciones y salidas ocurrentes e inesperadas:

2.1. A un niño (4.5) le preguntan: «¿Por qué no habla tu hermano?». Y contesta: «Porque no tiene dientes» (el hermano tiene 4 meses).

⁵ M. J. Pérez, *Creatividad y expresividad del lenguaje infantil (Estructuras poéticas en el habla de niños de 2 a 6 años)*, Madrid, Publics. de la U.C.M., 1992, p. 25. La tesis fue dirigida por Rafael Lapesa, de feliz memoria.

⁶ Véase nuestra susodicha tesis doctoral, aparte de los diferentes trabajos que sobre el tema hemos publicado en diversas revistas y actas de congresos. Y cualquiera que observe el habla diaria de los niños se encontrará con ejemplos continuos de lo que estamos diciendo.

- 1.2. Una antigua alumna mía, que vino a verme a mi despacho, me cuenta lo siguiente (está dando clases en una escuela infantil): «Un niño de tres años y medio ha ido ya varias veces al servicio; y yo le pregunto que por qué va tantas veces al cuarto de baño, y me contesta: Es que tengo la caca batida».
- 1.3. Mi hija Julia (con cerca de cuatro años), una noche en que íbamos camino de Almería, en plena noche manchega, ve a la luna en cuarto menguante y exclama: «Pobrecita la luna, está rota». Esta frase me hizo recordar inmediatamente un verso de Vicente Aleixandre que dice: «La luna miente sus brazos rotos». ¿No es, en esencia, la misma visión poética la que ve el niño y la que ve nuestro grande y «olvidado» Premio Nobel, expresada a su manera por cada uno de los dos?
- 1.4. Una niña (Laura, 5.00) de una desbordante vitalidad sube con su padre al tren en León. Es un viaje muy accidentado (el tren se para varias veces, hasta que, a trancas y barrancas, llega a Ávila, donde tenemos que coger otro que nos lleve a Madrid). El padre nos cuenta que la lleva a Madrid para que le quiten el tubo lagrimal. La niña es un torbellino y habla por los codos. Su conversación me sedujo desde el primer momento y traté de grabarla y recogerla en papel. Entre las muchas intervenciones de la niña, destacamos este fragmento de diálogo:

Viajera. —¿Te van a operar de los ojos?

Laura. —Sí, de los dos.

V. —¿Te van a quitar el tubo?

L. —Sí, el ojo no.

(La conversación está publicada y comentada toda ella en las Actas del II Congreso Internacional de la SEDLL, con el título de «Valores expresivos de la espontaneidad en una conversación infantil», Universidad de Las Palmas de G. C., 1992, pp. 275-287).

- 1.5. Susana Rodríguez (2.6) mantiene una graciosísima conversación con su madrina, María José. Ésta le está hablando de lo que es la nieve:

María José. —Mira, esto es nieve.

Susana. —Que no.

M.J. —Que sí, que es nieve.

S. —Que no, que me llamo Maina, que es lluvia blanca.

- 1.6. El profesor está hablando con una niña (5.10) y la conversación termina así:

Francisco. — ¿Te gustaría ir al cielo con el Señor?

María. —No, porque no tendría vida. La vida es más divertida. Y en el cielo te aburres.

- 1.7. Jorge (3.2.) pasea por la noche, en un pueblo de montaña, con su padre y conmigo. Hay una luna espléndida en una noche agradableísima y nosotros lo comentamos; de pronto Jorge exclama (es un niño que se expresa con una casi absoluta corrección): «La luna por el día se va a dormir porque tiene sueño y no ha podido hacerlo por la noche».

- 1.8. Dos niños de cinco años, detrás de la ventana del colegio, ven como está lloviendo, y hablan entre ellos:

Luis. —Oye, ¿cuando llueve y te mojas la lluvia lo sabe?

Antonio. —No, porque cree que ya ha llegado al suelo.

- 1.9. Juan (4.5) ha faltado varios días al colegio porque ha estado enfermo, y al volver a clase, cuando la profesora le pregunta por qué no había venido los días anteriores, le contesta: «Es que me dolía mucho la fiebre de 48 grados».

- 1.10. Daniel (4.6), mi nieto, me dice un día: «¡Oye, abuelo! ¿Verdad que yo hablo mucho? Cuando era pequeño hablaba poco; decía 'uh'».

2. **Creaciones léxicas.** Resulta asombroso ver como el niño crea palabras y expresiones: unas veces como resultado de un cruce de las del mundo adulto; otras, añadiendo o variando los morfemas habituales; en ocasiones, cambiando los lexemas por otros más expresivos; muchas veces recurriendo a la función que, según su propia experiencia y conocimiento del mundo, tienen los lexemas creados; etc., etc. Y siempre son crea-

ciones originalísimas y de una enorme expresividad, mucho más que las del lenguaje adulto. (Y no faltan las deformaciones léxicas llenas de gracia: *cañoña, hipotambo, nisifican, parafrisas, monobús, maricomio...*).

- 2.1 María (3.5) está jugando con otros niños en el parque. Su madre está sentada en unos bancos con otros amigos. Hace mucho calor y la niña se dirige a su madre: «Mamá, déjame el soplico».
- 2.2 Clara (3.11) le dice a su madre: «¿Por qué papá anda siempre con el fumadero en la boca?».
- 2.3 Pedro (4.2), después de haber visto en televisión unas escenas de unos paracaidistas, le dice a su hermano mayor: «He visto a unos hombres que se tiraban en saltacaídas».
- 2.4 María José es una niña muy expresiva (5.6) y le contesta al profesor de prácticas, que le ha preguntado por su señorita (la profesora), así: «Es dientezuda».
- 2.5 Este niño, por nombre Luis (4.8.), ha pasado una temporada en Londres. Ya comenzado el nuevo curso, está contando a sus compañeros como se lo pasó allí y, entre otras cosas, les dice: «Y me subí en un altobús».
- 2.6 Al hijo de un compañero, Juan Esteban (3.6), lo llevaba un día su padre en brazos, pero, ya cansado, lo pone a andar diciéndole al mismo tiempo: «Venga, andanditis»; pero el hijo le contesta: «No, en bracitis». Y en otro momento tengo yo esta conversación con él:

Miguel.	—Juan Esteban, ¿sabes contar?
Juan Esteban.	—Sí.
M.	—Pues cuenta desde uno hasta que ya no sepas.
J.E.	—Uno, dos, tres..., decisiete, deciocho, decinueve y decidiez.
- 2.7 La niña Estíbaliz (5.2) le pide al profesor de prácticas que juegue con ella, pero al ratillo le dice: «Anda, que no sabes jugar; eres un tomate, un tomate con patas».

- 2.8. Como a un niño no le dice nada la palabra del adulto «biblioteca», es lógico que la sustituya por «librioteca», pues sabe muy bien lo que es un libro; y eso es lo que hace Paloma (6.00).
 - 2.9. Unos niños pasan el tiempo haciendo dibujos, mientras esperan a la profesora; pero uno de ellos, Gabriel (5.8), cansado de esperar, se echa al suelo y dice: «Mira, mira como hago la «volquineta».
 - 2.10. El profesor está leyendo un cuento con una niña, y en la lectura sale la palabra «narrador». A la pregunta de cómo se llamará «el que barre», si «el que narra» es un «narrador», Sara (5.8) contesta: «barrendor».
 - 2.11. Mi nieto Daniel (5.8), como le gusta mucho la comida, le dice a su madre: «Mamá, me lo voy a comer todísimo». Y el mismo niño, con seis años recién cumplidos, le dice a su abuela, que no deja de buscar piñones en un pinar: «Jo, abuela, eres una gran buscadora».
 - 2.12. Este niño (4.10) le está explicando a la profesora cómo se juega al baloncesto, y en un momento determinado le dice: «¿Querías que cogiera la pelota para canastar?».
 - 2.13. La profesora de prácticas le pregunta a un niño (5.4) si tienen juegos en su clase y éste le contesta: «La Se dice: 'En fila, en fila, sin tocar al de delante'. Pero todos van tocándose y además desfilándose».
 - 2.14. David y Fernando, de cinco años, están jugando a un juego simbólico. De pronto uno de ellos le dice al otro que ha visto un perro muerto y que olía a peste. El otro interviene así: «Estaría muerto un porrón de tiempo. Tú prueba a morirte y al cabo de dos años prueba a olerte, verás... Pues te verás la carabeza».
 - 2.15. Una niña está contando el cuento de «Caperucita Roja», y en un momento dice: «Va tan tranquilita al campo, va cogiendo flores, cuando derrepente el lobo estaba escondido detrás de un árbol».
3. **Un tiempo y narración** completamente alejados de los esquemas del mundo adulto, y donde los morfemas aspectuales, sobre todo, adquieren unos valores estilísticos/expresivos tan precisos y sorprendentes como

los que aparecen en la lírica primitiva y popular, como en la poesía en general, haciéndonos variar de manera anárquica el punto de mira, como hacían los juglares, con lo que se consigue animar el relato y romper la monotonía, como tan a fondo ha estudiado y analizado Rafael Lapesa en varias de sus obras.

- 3.1. Un niño de raza negra, Félix (5.1), después de decir a la profesora que no le gusta ir al colegio, sino «travesiar», es decir, «desordenar los juguetes de casa y en la calle, y pegar a mi hermana para que la pegue mi padre», continúa diciendo: «Y hoy no he podido dormir y casi llegaba tarde al colegio con este tubillo de mierda».
- 3.2. Muchas veces encontramos la mezcla de varios cuentos, y es frecuente que aparezca la figura de la histerología, lo que hace más poético el relato: «Esto era una vez una Cenicienta que se la comió el lobo y al escapar perdía un zapato»; «Esto era una Caperucita en la oreja del caballo: '¿dónde estás?'».
- 3.3. En estas narraciones destacan con frecuencia la originalidad del comienzo y lo brusco de los finales: «Esto era una vez una Cenicienta que dijo el lobo: 'Cuando vea yo a la Cenicienta me la voy a comer: huam'»; «Dijo la Capirucita dijo: 'Oye, agüelita, qué miedos he pasado'». (Este final me recuerda la situación del enamorado Juan Ruiz, nuestro vitalista Arcipreste, cuando ve a Doña Endrina en la plaza y, como no se atreve a dirigirse a ella, exclama: «A mí luego me venieron muchos miedos e temblores». Hoy la palabra «miedo» en esas expresiones solo la usamos en singular).
4. **Cuentos breves**, que yo designo con el nombre de «cuento esencial», porque en dos o tres frases el niño sintetiza y condensa lo esencial del cuento, sugiriéndonos con ello el desarrollo, incluso, de una novela trágica.
 - 4.1. Así, en este brevísimo cuento, Óscar (4.3) nos presenta con su relato los tres personajes del famoso triángulo dramático: el marido, la mujer y el amante:

Óscar. —Éraze una vez un zapatero, muy pobe, muy pobe, muy pobe, que no tenía dinero. Y luego venía una pincea y le miró; y y luego vino un zeñó, ¿eh? Y ya no más.

- 4.2. Un día fui yo a ver a una de las alumnas de prácticas. Había pintado un pez en la pizarra, y yo le dije a la alumna que les pidiera a los niños (eran niños de 5-6 años) que escribieran un cuento sobre el pez y que le pusieran título a ese cuento. Mientras lo hacían yo paseaba entre las mesas para fijarme sobre todo en el título: todos eran títulos tontos, manidos, inexpresivos («El pez santo», «El pez bueno», «El pez amigo»...); pero hubo uno que me llamó poderosamente la atención: «El pez marinero»; no cabe duda de que era un título hermoso y el más acertado de cuantos se pudieran poner y que decía mucho en relación con la sensibilidad del niño. Al terminar le dije a la alumna que le pidiera al niño en cuestión que lo leyera. Y lo leyó con absoluta corrección:

El Pez Marinero. Esto era una vez un pez que quería ser marinero; y dijo: Yo quiero ser marinero, y se hizo marinero. Y un día hizo un gran viaje detrás de un gran barco y recorrió muchos países. Y una vez se encontró con un tiburón y le dijo: «Buenos días».

Todo el cuento es una maravilla, pero el final es hermosísimo. ¿Por qué le va a tener miedo un pez a otro que vive en «la misma casa» que él? Es la imagen del hijo y el padre trasladada a otra realidad.

- 4.3. Sobre el cuento breve en boca de los niños publicó García Márquez en *El País* una serie que tituló «Cuentos de niños». Recuerdo dos que me llenaron de emoción («prodigio de ternura», los llamó él):

Una niña colombiana dice: Cuando yo sea grande quiero ser un gran médico en un gran hospital de Nueva York, y cuando los enfermos se mueran me voy a morir con ellos.

(...)

Un niño de unos cinco años que ha perdido a su madre entre la muchedumbre de una feria se acerca a un agente de la policía y le pregunta: «¡Oiga, señor! ¿Ha visto usted a una señora que anda por ahí perdida sin un niño como yo?».

5. **Definiciones.** Es éste uno de los hechos en que se manifiesta con más intensidad la belleza de este mundo mágico. Las definiciones que dan los niños —de las cosas, de las personas, de los animales, de las ideas— son definiciones que rompen con toda norma: no son definiciones científicas sino poéticas. Estos son algunos ejemplos:

- 5.1. El amigo de un conocido mío cuenta que cuando estuvo de embajador en un país africano su hijo llegaba todos los días a casa diciendo que en su colegio había muchos negros. El padre le pregunta un día que cómo son los negros, y el niño le contesta: «Mira, papá, son como la oscuridad pero con dientes».
- 5.2. Este niño, de cinco años, define así el arco-iris, relacionándolo con su entorno vital: «Es un puente de colores y vive en el cielo. Se parece al columpio naranja de mi parque. Y sale cuando llueve... Y siempre se moja».
- 5.3. Otro niño (5.11) dice que «un acento es un puntito estirado».
- 5.4. Varios niños, de cinco años, definen conjuntamente lo que es un conejo: «El conejo tiene cuatro patas... Tiene dos para saltar y dos para correr... Las de atrás las tiene dobladas para saltar... Es blanco y tiene los ojos rojos»
- 5.5. Cuando le preguntan a un niño (4.9) qué es para él el amor responde con gran decisión como si le fuera algo muy conocido: «Un hombre y una señora van a la boda. Después van al dormitorio, se tiran a la cama y ¡ya está!, ¡a dormir! Luego tienen un hijo y llora cuando amanece».
- 5.6. Estíbaliz (5.8) responde así a la pregunta de cómo es su primo: «Un día fue a mi casa. Tengo un primo que es muy alto. Parece un monstruo y va a la mili».
- 5.7. A un niño (5.6) se le pide que defina lo que es un reloj, y contesta: «No me gusta, hace ruido y me despierta; pero los sábados y domingos está dormido».
- 5.8. Marcelo (5.8) está contando lo que le pasó un día de lluvia. «¿Qué es una nube?», se le pregunta, y responde: «Es una almohada que cuando te montas te caes para abajo. Son almohadas que tienen agua dentro y esa agua no se cae porque las nubes son mágicas. Cuando llueve es porque se ha roto la nube».
- 5.9. A un niño (5.10) le preguntan si sabe lo que es un volcán y contesta: «Es una montaña enfadada y un dragón que echa fuego al hablar».

- 5.10. Todos sabemos como los niños sienten un gran atractivo por lo que se llama coprolalia. Por eso no es de extrañar que, cuando a un niño se le pregunte por la palabra «culo», responda riéndose: «oh oh oh, je je je... Un culo es un círculo doblao»

6. Ejemplos de imitación del lenguaje adulto. Es sorprendente comprobar como el niño emplea el lenguaje de los mayores, sobre todo las frases hechas, que usa con total precisión, aunque no sepa lo que significan exactamente, y como las dicen en el momento exacto, y oportuno, tal y como lo haríamos los adultos:

- 6.1. El hijo de un compañero, Alberto (3.5), después de estar yo un rato hablando con él y al decirle «que se ponga tu padre», me contesta: «Es que en este preciso momento está durmiendo la siesta».
- 6.2. Su hermano Javier (4.00) le dice a su abuela, que se lamenta de que se vayan y les dejen ya solos después de haber pasado el verano con ellos: «Así es la vida, abuela; ¡qué le vamos a hacer!».
- 6.3. Clara (5,5) se dirige a su madre llamándola «ilustrísima mamá» porque, según le indica la niña, ha oído en televisión decir «ilustrísima señora». Después mantiene este diálogo con su madre:

Clara. —Mamá, yo quiero ser de cuento como Atreyu.

Choni. —Pero yo no puedo hacer que seas de cuento.

Clara. —Sí, ya lo sé, mamá; pero ¿tú qué opinas? Y ¿no crees que si leo *La historia interminable* puedo entrar en el cuento como le ocurrió a Sebastian?

- 6.4. Este caso es una joya explosiva; pero joya, al fin y al cabo, de la espontaneidad de los niños. La profesora de educación infantil le pregunta a una niña (4.2): «¿por qué no viniste al colegio ayer?»; y ésta le contesta que «porque tenía sueño». Minutos después la chiquilla se acerca a la mesa de la profesora y, como en secreto, entabla esta conversación con ella:

Jennifer. —Señorita, ¿yo tengo que venir al colegio todos los días?

Julia. —Pues sí, claro, todos los días.

Je. —Sí, pero algunos días tengo mucho sueño... Y hoy tenía mucho sueño y me ha despertado mi padre y he tenido que venir al colegio por sus cojones.

- 6.5. La hija de un amigo mío celebra su cuarto cumpleaños; su padre la lleva a hombros, y yo le digo que vaya andando, que ya es mayor:

Marta —No me da la gana.
Miguel —¡Ay, la madre que te calzó!
Marta —¡Esa boca!

- 6.6. Un niño de dos años y medio está con su padre en el cuarto de baño, y éste le pide «por favor» que le deje su colonia:

Víctor —Sí, por favor, te la voy a dar.
Padre —Gracias.
V. —De nada... Pero pero pero... poquita, que se gasta, ¿eh?

7. **Textos fantásticos** en los que el niño da rienda suelta a su asombrosa capacidad de fabulación, presentándonos con ello un mundo fabuloso donde solo puede habitar la imaginación y la poesía. Basta con este ejemplo de Mario (5.2) en contestación a una pregunta del profesor:

Francisco —¿Qué quieres contarme?
Mario —Yo soy el hombre de piedra. Mi primo me cuenta muchas tonterías, cosas del espacio. Y yo ayer vi una película del Gato Negro. Y de la Pantera, un hombre que se hacía pantera y le salían muchas cosas. La del lobo humano y la novia de Frankenstein y la novia de Rácula. Hago dibujos que unas veces me salen bien y a veces me salen mal: una ballena, un castillo, un barco. Y mi tío me ha hecho un submarino con el que voy a cazar ballenas como la que dejé el otro día fuera, pero esa tenía varices de rubéola y la llevé al médico que la pusiera supositorios, y se fue al mar para que yo la cazara y la pinchó mi tío mientras yo iba conduciendo el submarino que corre 180.

De un mundo mágico a un mundo maravilloso...

Todo esto no son más que unas encendidas chispas de ese inmenso fuego en el que se abrasa, incombustible, ese mundo mágico del lenguaje de los niños... Pero este fuego empieza a apagarse a medida que ese niño va ingresando en el mundo de la cultura adulta. Ya lo advirtió el escritor soviético Chukovsky:

Me parece que a partir de los dos años todos los niños se convierten en «genios de la lengua». Más tarde, a partir de los cinco o seis, este talento empieza a desaparecer⁷.

Es decir, todo niño muere —como dice a su padre el protagonista de *El Tragaluz*—, «unos porque dejan de vivir y otros porque dejan de ser niños». Y efectivamente todos los niños van dejando de ser niños a medida que van subiendo los peldaños que les llevan al mundo de la cultura adulta; y —hoy entre nosotros casi por ley de supervivencia— el primero por el que suben a ese mundo es el de la lectura/escritura⁸:

Francisco Umbral, en su precioso libro *Mortal y Rosa*, tiene un capitulillo dedicado al aprendizaje de las letras por parte de su hijo. Todo él es una preciosa metáfora de la vida, del descubrimiento del mundo por medio de la palabra reproducida por los signos gráficos que el niño empieza a descifrar. Nos lo presenta ya desde el principio como un maravilloso juego, un juego que resuena a lo largo de la historia de la humanidad:

Las letras, el alfabeto, la escala de las vocales, el niño, a la sombra de la madre, pájaro ligero por el árbol de la gramática. Salta, va, viene, se equivoca de rama, vuelve a saltar, dice la **a**, la **e**, ríe con la **i**, se asusta con la **u**, vive (...). Las letras, insectos simpáticos y tenaces, juegan contigo como hormigas difíciles. Estás empezando a pulsar las letras, las teclas de un piano que resuena en cinco o diez mil años de historia⁹.

Cuando un niño empieza a leer —como cuando empieza a hablar— se va abriendo ante él un misterio/mundo insondable, con «esa mezcla de curiosidad y conocimiento que poseen los niños», como dice Cotroneo; un mundo desconocido y apasionante que le llena de asombro y le seduce —si es que esto se puede decir de un niño—. Como escribe también F. Umbral: «Cada letra tiene un eco de lenguajes pasados, de idiomas milenarios, que tú despiertas inocentemente, como cantando dentro de una catacumba».

Por eso consideramos importantísimo que el niño aprenda la lectura con placer, como un juego. No olvidemos que la propia lengua es para el niño, desde el momento en que empieza a descubrir que puede articular sonidos, un juego. Y

⁷ Citado por Ph. Dale, *Desarrollo del lenguaje*, México, Trillas, 1980, p. 72.

⁸ Véase nuestro artículo «La lectura: Juego. Descubrimiento. Placer», en *Lenguaje y Textos*, La Coruña, 2001, n.º 17, pp. 153-159.

⁹ F. Umbral, *Mortal y rosa*, Madrid, Cátedra/Destino, 1997, pp. 120-121.

aun es más importante que lo haga desde su primer acto reflexivo sobre su propia lengua: será éste su primer recurso a la función metalingüística.

En cuanto el niño empieza a «leer», es decir, en cuanto es capaz de articular con cierta fluidez, sin equivocaciones frecuentes, los sonidos correspondientes a los signos gráficos, deberemos tratar de iniciar al niño en los primeros pasos de la verdadera lectura con la comprensión lectora y la entonación debida. Igual que se hace con la palabra hablada —pues no debemos olvidar que la lectura es un aspecto de la lengua oral—, debemos conseguir que el niño se consolide como lector, igual que se ha consolidado como hablante; pues debemos tener en cuenta que el fin primordial de la escuela es ése, precisamente, junto con el de conseguir que el niño escriba con corrección. Ya Américo Castro lo vio con su clarividencia habitual:

La escuela ideal deberá esforzarse por enseñar a hablar y a escribir con sentido y con corrección; hará reflexionar sobre el idioma, llamando la atención sobre la significación de las palabras; sobre el sentido inmediato de lo que se lee; sobre los rudimentos de la estructura gramatical: forma de las palabras, funciones psíquicas y lógicas que desempeñen¹⁰.

Habrà de tener presente también que «hablar, leer y escribir correctamente es un problema de instinto, de práctica, de gusto y de inteligencia»

Es imprescindible, en este camino de afianzamiento del niño-el joven-el hombre adulto como lector, conseguir que se lea con atención y fijeza, con entonación y sentido, y —¿por qué no?— con arte. Y es que el leer bien, el recitar bien es un arte, y, como tal, se puede adquirir con una práctica realizada correctamente y ya desde el principio. Dice Luis Landero:

Uno está convencido de que, fuera de algunos rudimentos teóricos, la gramática se aprende leyendo y escribiendo, y de que quien llegue, por ejemplo, a leer bien una página, entonando bien las oraciones y desentrañando con la voz el contenido y la música del idioma, ése sabe sintaxis¹¹.

La lectura es una ventana abierta al mundo o, mejor dicho, miles, millones de ventanas desplegadas al viento del cosmos, y cada lector —y cada vez que lee— se está asomando a esas ventanas y está recibiendo la luz que, a través

¹⁰ A. Castro, *La enseñanza del español en España*, Madrid, V. Suárez, 1922, p. 7.

¹¹ L. Landero, «El gramático a palos», en *El País*, 14-12-96, p. 12.

de sus libros, han encendido los hombres. Joan Pere Viladecans, pintor él, dice en unas declaraciones hechas a *La Vanguardia*: «Leer ayuda a entender mejor el mundo e iluminar el pensamiento»¹². Y es muy importante que nuestros niños jóvenes lean verdaderas obras de arte —incluidas las primeras que lean—; aquellas que formen sus sentimientos, que desarrollen su sensibilidad más noble y su inteligencia, su capacidad de raciocinio, que cultiven su formación humana y humanística, así como el respeto a la dignidad del hombre y a su libertad.

Por eso, ¿aprender a leer, a familiarizarse con la lectura, una lectura cada vez más comprensiva; aprender a escribir y ya correctamente desde el principio; perfeccionar la elocución, la conversación; adquirir y ampliar el conocimiento del vocabulario; descubrir y comprender prácticamente las estructuras gramaticales; llegar a conseguir una redacción no solo correcta sino, incluso, artística; educar, en fin, su propia sensibilidad de ser humano... dónde y cómo mejor lo podrá realizar que a través de los numerosos textos literarios con esas infinitas posibilidades expresivas que la lectura encierra?

No olvidemos que una verdadera obra de arte, literaria, es válida para todas las edades del hombre, para cada una de distinta manera. Ya lo dice Cervantes por boca de Sansón Carrasco en respuesta a la pregunta de si «se lee mucho mi historia» que le hace Don Quijote, en el capítulo tercero de la Segunda Parte: «Es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los jóvenes la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran». Yo, por mi parte, he de decir que nunca he disfrutado tanto como cuando, a mis diecinueve o veinte años, leí *El Quijote* completo en la edición crítica de Rodríguez Marín.

Cuando se lee se establece entre el libro y el lector «una amistad sincera y desinteresada» que, además, ejerce «una influencia propicia sobre el trabajo personal», dice Proust. Por eso el lector sale siempre enriquecido; y el lector que, además, quiera llegar a ser un buen perceptor de sensibilidades y transmitir las a los demás tendrá que familiarizarse con los buenos escritores y dedicarse de lleno a la lectura de los buenos libros, pues la lectura de ellos produce una especie de exaltación, de éxtasis cuasi místico, y si, en el sereno y placentero sosiego que acompaña la terminación de una obra maestra, siente el deseo, la necesidad irrepresible, imperiosa, de hacer, a los demás, partícipes de su gozoso descubrimiento, y acaba haciéndolo, estaremos ante el nacimiento de un nuevo artista de la palabra.

¹² *La Vanguardia* (14-5-2000, p. 37) publicó una entrevista sobre la lectura hecha a doce personajes famosos, realizada por I. Ramos y M. Molina.

Y esto va para vosotros, jóvenes estudiantes, que fuisteis niños, es decir, creadores/poetas: lanzaos a la aventura de escribir. ¿Por qué no puede haber entre vosotros uno —o muchos— poetas, que el tiempo os haga tan famosos por vuestra valía, como éstos que vamos a ver y que todos conocéis?

Y ahora —antes de seguir— quiero deciros que una de las grandes satisfacciones de mi vida ha sido precisamente la que me ha proporcionado ese contacto con el habla de los niños, un contacto que ya empezó con mis primeros estudios universitarios —pues el profesor de Lengua Española nos mandaba recoger conversaciones de la calle y yo recogía las de mis sobrinos (3/5 años), porque me llamaban poderosamente la atención—, y continuó luego con mis hijos —cuyas charlas deliciosísimas, cuando estaban ya acostados por la noche, fui recogiendo y transcribiendo en un libro que conservo—.

Este primer contacto, que me producía un puro gozo estético, hizo que luego me fuera interesando por su estudio y así fue como descubrí los altos valores creativos y expresivos que ese lenguaje, lleno de magia, encierra. Como dice R. M. Rilke, «la infancia es la patria a la que todos queremos volver». Y yo volví, volví, como digo, de las manos —de las manos hechas palabras— de los niños. Todo eso tuvo como resultado la realización de mi ya citada tesis doctoral.

Al mundo maravilloso...

Junto a esta satisfacción, quiero destacar otra —también general y continuada—: Y es la que he tenido entre vosotros, queridos compañeros, y con vosotros, queridos estudiantes, queridos amigos todos —los que me acompañáis y los que habéis querido hacerlo—, con vuestra compañía, hablando, departiendo con vosotros, aprendiendo, enseñando, haciéndoos partícipes de mis sencillos y gozosos conocimientos de la lengua y su versión literaria, ayudándoos en la medida de mis fuerzas a amarla, a respetarla, ayudándoos —decía— a cultivarla proyectándola en vuestras vidas, en vuestra profesión¹³. Todos nosotros —sobre todo los que nos dedicamos a esta dignísima, y hermosísima, tarea de la enseñanza— sabemos lo importante que esto es; y como precisamente a través de la lengua debemos infundir los principios de tolerancia de todas las ideas, y de la libertad de expresarlas; debemos conseguir que nuestros mensajes, nuestras pala-

¹³ Perdonadme y dejadme que os cuente, aquí —y disculpadme por ello—, un hecho que me llenó de profunda satisfacción y que —aún hoy— desencadena mi emoción de padre: Un día antes de presentar su tesis doctoral, en la rama de ciencias, mi hijo mayor me la presentó; tenía una dedicatoria que decía: «A mis padres, que me enseñaron antes el respeto por la lengua que el amor por la ciencia».

bras, estén llenos de entusiasmo, transmisores de ilusión, de respeto, de verdad, y carentes de miedo. Sin miedo, sí, porque, como dice Dario Fo —ese hipnotizador de almas y palabras italiano, también premio Nobel de Literatura—: «Un pueblo que no tiene sentido del humor termina siendo criminal. Lo primero que se le arranca a un pueblo libre es la alegría de vivir. Cuando un pueblo se siente con sentimiento de culpa, es más fácil de dominar, no es un hombre libre»¹⁴.

Por eso, en este momento, quiero agradeceros esa satisfacción. Y quiero decir también que me habéis enseñado vosotros a mí tanto o más que yo a vosotros, con vuestra ilusión, vuestro interés, vuestro entusiasmo, vuestras intervenciones en clase, vuestro amor a la lengua y la literatura españolas...Y es que la lengua y la literatura —como sabemos— son las dos caras de una misma moneda, y una no se puede comprender cabalmente sin la otra. Como ya dijo Leo Spitzer,

...a través de la lingüística, por la que había comenzado, me abrí camino hasta el jardín encantado de la literatura y descubrí que hay también un jardín encantado en la lingüística; que los métodos y grados de certeza son fundamentalmente los mismos en ambas disciplinas¹⁵.

Y Pedro Salinas, que además de gran poeta fue un excelente lingüista como muchos de su famosa generación, en su artículo «Defensa del lenguaje», dice asimismo:

Al hombre le preocupa su lengua. Le preocupa por una motivación profundamente vital. Le preocupa porque se ha dado cuenta del poder fabuloso, y en cierto modo misterioso, contenido en esas leves celdillas sonoras de la palabra (...). Yo, sin ser filólogo, llevo cerca de treinta años en diaria y estrecha *convivencia con mi lengua*. Soy profesor de literatura. Entiendo que enseñar literatura es otra cosa que exponer la sucesión histórica y las circunstancias exteriores de las obras literarias. Enseñar literatura ha sido siempre, para mí, buscar en las palabras de un autor la palpación psíquica que me las entrega encendidas a través de los siglos (...). Algunos ratos he dado también a la tentativa poética. Y esos ensayos me han llevado a la convicción de los prodigios que para el hombre guarda el conocimiento hondo, el cultivo delicado de su lengua¹⁶.

Como todos sabemos, la lengua y la literatura no se pueden expresar si no es por la palabra, sea hablada o escrita. Y quisiera, ahora, que me acompañarais

¹⁴ Entrevista hecha al autor en *El País*, 8 del 3 de 1986.

¹⁵ Citado por Vidal Lamíquiz, *Lingüística española*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1983, p. 50.

¹⁶ P. Salinas, *Ensayos Completos*, Madrid, Taurus, II, pp. 417-419.

unos momentos por los senderos luminosos de la vida —del amor— que anida en los textos de algunos de los más excelsos creadores de literatura que han cantado en nuestra lengua aquende y allende los mares, y que han llevado el español a las más altas cimas de nuestra historia en el mundo de las artes del lenguaje, dejándonos a los lectores esos lugares amenos donde nos zambullimos estremecidos: son ejemplos de ese mundo maravilloso en el que ha devenido aquel mundo mágico de nuestra infancia (aquellos «ruidos» se han transformado en notas de luz —«palabras»— que iluminan el mundo —«una mañana desperté»—, este mundo en que vivimos que, sin ellas, sería solo un informe y tenebroso «caos»)

Estos textos poéticos —en prosa o en verso, da igual porque todos sabemos que una verdadera obra literaria, si es valiosa artísticamente, es poesía, según ya hemos dicho, y no solo lo decimos nosotros— han nacido de la necesidad vital de comunicación que han sentido los hombres. «Poesía necesaria como el pan de cada día», que dijo G. Celaya. Y todos recordamos que el protagonista de la película *El Cartero*, en un angustiado diálogo que mantiene con Neruda, le dice cuando éste le acusa de copiar sus metáforas: «La poesía no es de quien la escribe sino de quien la necesita».

El primero de estos ejemplos es un fragmento del capítulo «El milagro musical» (de *La lámpara maravillosa* de Valle-Inclán):

El poeta combina las palabras, las ensambla, y con elementos conocidos inventa también un linaje de monstruos: el suyo. Logra así despertar emociones dormidas. Yo aspiro a dar a las palabras sobre el valor que todos les conceden, y sin contradecirlo, un valor emotivo engendrado por mí (...). Las palabras son siempre una creación de multitudes. Alumbran en la hora que se hacen necesarias como verbos de amor y comunión entre los hombres. El poeta ha de confiar a la evocación musical de las palabras todo el secreto de esas emocionadas ilusiones, que están más allá del sentido humano. Las palabras son humildes como la vida. Pobres ánforas de barro, contienen la experiencia derivada de los afanes cotidianos. El hombre que consigue romper alguna vez la cárcel de los sentidos reviste las palabras de un nuevo significado como de una única de luz. El secreto de las conciencias solo puede revelarse en el milagro musical de las palabras¹⁷.

Merece la pena escuchar también este capitulillo de las memorias de Pablo Neruda que lleva por título, precisamente, «La palabra»:

¹⁷ Valle-Inclán, *La Lámpara maravillosa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974, pp. 31-32.

Amo tanto las palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció... Son antiquísimas y recientísimas... Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Éstos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz (...). Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes...: el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras¹⁸.

A través de ese oro de las palabras —y debido a sus infinitas posibilidades de combinación así como de la multitud de recursos expresivos— podemos llegar a la comunicación total, que es, precisamente, la comunicación poética —que, por cierto, aparece ya, según acabamos de ver, en el niño desde que éste descubre la magia de que él puede jugar con su propia voz—. Esa comunicación, esa magia, perduran en las profundidades del ser humano: en unos permanecen ocultas; en otros —seres privilegiados— afloran mediante las palabras: éstos son los poetas, los grandes creadores/comunicadores, que —como dijo Bécquer— son capaces de conservar vivo el recuerdo de lo que han sentido de niños. Y fue Goethe —nada menos que Goethe— quien definió la poesía como «un estado de infancia conservado»¹⁹.

Y resulta maravilloso comprobar que, atravesando la pátina de los tiempos —tiempos biológicos pero también tiempos históricos— y sobreponiéndose a ella con luz propia, y sobre las aguas de la mar oceánica o surcando los aires como hoy —«atravesando sierra, mares, llanos»—, resulta maravilloso comprobar —repito— como se entrecruzan y encuentran las palabras, las palabras de ayer y las palabras de hoy, las palabras de aquí y las palabras de allá²⁰.

¿Quién no se sobrecoge, hoy —sí, hoy—, al oír estos versos escritos hace más de cuatro siglos por un hombre enamorado hasta la médula de sus huesos, un hombre diluido en el éxtasis de un amor sin límites, infinito, que todo lo derrite y en el que el poeta pierde hasta su última razón de ser como individuo?:

¹⁸ P. Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Argos Vergara, 1979, pp. 63-64.

¹⁹ Citado por J. Cohen, *El lenguaje de la poesía*, Madrid, Gredos, 1982, p. 282.

²⁰ Estas ideas, muy resumidas, aparecen en nuestro artículo «La magia de la palabra», en *Didáctica (Lengua y Literatura)*, Madrid, Publes. de la U.C.M., n.º 12, pp. 11-14.

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada (...).

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero.
Que no saben decirme lo que quiero.

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan;
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Quedeme y olvideme,
el rostro recliné sobre el amado;
cesó todo y dejeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.
(...)

¿Y qué ser humano no tiembla estremecido al leer estos versos que hablan de una tierra estéril y raída —«Soledad con alma de piedra», la llamó un amigo mío, poeta también él (Guillermo Verdín)—, una tierra que es asimismo un ser humano como él mismo?:

¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España.
Tierras pobres, tierras tristes;
tan tristes que tienen alma!

¿O quién se resiste a acompañarle, cuando oye estos otros que el mismo poeta arrancó con su mirada de los árboles donde millones de amantes gritan a la eternidad la inmortalidad del amor?:

Estos chopos del río que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados,
cifras que son fechas (...)

Yo he ido muchas veces a Soria: y con mis alumnos, unos veinte años seguidos, allá por el mes de mayo. Ha sido un viaje de homenaje a Machado. El paseo

entre San Polo y San Saturio, que corre paralelo al Duero, está todo él orillado de árboles; y todos sus troncos y ramas, hasta las más altas y delgadas, están sembrados de esos «nombres» y «fechas» que dice el poeta: Todos, todos, todos tiemblan estremecidos por el amor. Mis alumnos —lo sé— guardan el recuerdo de ese viaje como algo maravilloso que —también a ellos— les «ha llegado al alma» y que jamás podrán olvidar. El poema continúa:

¡Álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña! (...).
¡Oh!, sí, conmigo vais, campos de Soria (...),
alameda del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra (...);
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?

¿Quién de nosotros no hace suyas estas palabras con las que el hombre pide poder usar con exactitud los nombres cuya propiedad le pertenece, y gracias a los cuales vive —¡ay!, también se destruye pero no es eso lo que quiere el poeta—, vive, vive la humanidad?:

¡Intelijencia, dame
el nombre exacto de las cosas! (...).
¡Intelijencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío de las cosas!

¿Y puede haber alguien que no desee que, aun después de su muerte, aun después de su «viaje definitivo», siga la vida «cantando»?:

...Y yo me iré, y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco (...).
Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico.
Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco, sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

¿O qué pareja de enamorados puede resistirse a la confidencia de este reclamo de amor? —y enamorados somos todos—:

Para que tú me oigas
mis palabras se adelgazan como las huellas de las gaviotas en las playas.
Las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor como las yedras.

¿Y quién no recuerda este «palabras de amor» con que termina el famoso «Romance del Duero»?:

Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvidada,
sino los enamorados
que preguntan por sus almas
y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.

Todos vosotros tenéis delante —sí, todos tenéis delante— ese famoso ciprés que, como buril hecho de dudas metafísicas y esperanzas sin cuento y sin realidad tangible, traspasa el cielo de la historia y la sigue convertido en oración; una oración que, por toda respuesta, se diluye en un silencio que sólo las piedras comprenden, y al que el pobre corazón humano, hecho tiempo, se agarra, a pesar de su hierática rigidez y su mutismo:

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza,
devanado a sí mismo en loco empeño.
Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza (...),
...negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

¿Y acaso no sentimos la misma indignación que siente el poeta, cuando vemos que los esbirros y canallas de siempre le han engañado y traicionado en su destino después de haberlo llamado, y contratarlo para «cantar» la vida?:

Que venga el poeta.
Y me trajisteis aquí para contar las estrellas,
para bañarme en el río y para hacer dibujos en la arena.
Éste era el contrato (...).
Me trajisteis aquí para cantar en unas bodas
y me habéis puesto a llorar en una fosa.

¿Y quién no se siente identificado con los deseos del mismo poeta cuando, agotado de andar solo por caminos solitarios, pide a la mujer simplemente una mirada que sacie su sed de peregrino de siglos?:

Trae unos ojos azules, mujer,
trae unos ojos azules, de un azul tranquilo y claro,
que tengo sed...,
sed de peregrino cansado
de muchas jornadas duras
por caminos solitarios;
y quiero
llevar mis labios
al agua clara y tranquila
de un remanso
que refleje
un cielo tranquilo y claro.

Posiblemente no haya en toda la literatura española de la segunda mitad del siglo XX un poema tan profundamente inquietante, y que exalte de este modo la gozosa esclavitud del amor, como éste de Luis Cernuda. También nosotros seguimos sintiendo el mismo «escalofrío» que sentía el poeta cuando lo escribía:

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo,
como una nube en la luz (...).
Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina (...).
Tú justificas mi existencia:
Si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero porque no he vivido.

Y algo parecido nos pasa cuando leemos los versos de otro gran poeta, contemporáneo del anterior (Vicente Aleixandre), para quien el amor es la única razón de su existencia como hombre —«una diminuta y excelsa partícula» que se disuelve en el amor humano/telúrico/cósmico—:

Deja, deja que mire, teñido del amor,
enrojecido el rostro por tu purpúrea vida,
deja que mire el hondo clamor de tus entrañas
donde muero y renuncio a vivir para siempre.

(...)

Llegaste alegre,
ligeramente rubia, resbalando
en lo blando del tiempo. Y te miré (...)

Te miré. La tristeza
se encogía a lo lejos, llena de paños largos,
como un poniente graso que sus ondas retira;
...y mi sangre ruidosa se despeñaba en gozos
de amor, de luz, de plenitud, de espuma.

(...)

Otro día toco tu mano...

Es por la piel secreta
por donde el calor tibio propaga su voz; su afán dulce;
por donde mi voz penetra hasta tus venas
para rodar por ellas en tu escondida sangre,
como otra sangre que dulcemente oscura te besara
por dentro, recorriendo despacio como sonido puro
ese cuerpo, que ahora resuena mío, mío poblado de mis voces profundas.

Todos vosotros sabéis que Miguel Hernández —víctima inocente, como García Lorca y Antonio Machado, de aquella tragedia que asoló a España— tuvo un hijo, al que el poeta le escribió ese conocido poema «Nanas de la cebolla» porque su esposa le había dicho en una carta que solo comía pan y cebolla («Con sangre de cebolla se amamantaba»). Pero Miguel Hernández tuvo dos hijos: ese de las «Nanas» sobrevivió y murió de mayor, aunque joven, hace unos años; el primero murió de niño. A éste le escribió el poeta dos poemas: Uno —igual que el de las «Nanas»—, como contestación a una carta de su esposa en la que le decía que esperaba un hijo suyo —Miguel estaba en el campo de batalla defendiendo a la República—, y lleva por título «Canción del esposo soldado»; en él el grito de amor, desgarrado, alcanza límites sobrehumanos, y en sus versos finales resuena, inmortal, el quevediano «polvo serán mas polvo enamorado»; de él son estos versos:

He llegado hasta el fondo (...).
Morena de altas torres, alta luz y altos ojos;
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos

de cierva concebida (...).
 Temo que te me rompas al más leve tropiezo (...).
 Y al fin en un océano de irremediables huesos
 tu corazón y el mío naufragarán, quedando
 una mujer y un hombre gastados por los besos.

El segundo es un poema muy breve, que el poeta escribe a la muerte de ese niño, ocurrida al poco tiempo de nacer —y no lleva título porque todo él lo es—. Son ocho hexasílabos, que —como seis puñales, afilados, silenciosos— nos transmiten el dolor sordo/infinito del poeta, sin que en ellos aparezca la palabra «muerte», que, sin embargo, inunda el poema de principio a fin: es un poema que es producto de la técnica subconsciente de la sugerencia que emana de la estructura poética del dolor (que produjo también en Machado algunos de sus mejores poemas²¹):

Ropas con su olor,
 paños con su aroma.

Se alejó en su cuerpo,
 me dejó en sus ropas.

Lecho sin calor,
 sábana de sombra.

Se ausentó en su cuerpo,
 se quedó en sus ropas²².

Todos nosotros recordamos aquellos versos de otro gran creador que luchó con su palabra contra la dictadura, y que murió —injustamente— en la más penosa indignancia, como tantos otros que, a lo largo de nuestra historia colectiva, nos entregaron la libertad del amor hecha palabra comprometida con la dignidad del hombre:

Poesía para el pobre,
 poesía necesaria como el pan de cada día,

²¹ Véase nuestro artículo «Estructura poética del dolor», en *Antonio Machado hoy. (Actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado)*, Sevilla, Alfar, 1990, IV, pp. 369-378.

²² Sobre este poema hay un excelente y valiosísimo análisis hecho por Vidal Lamiquiz (*Sistema lingüístico y texto literario*, Sevilla, Publics. de la Universidad, 1978, pp. 83-87).

como el aire que exigimos trece veces por minuto (...)
Maldigo la poesía concebida como un lujo cultural por los neutrales,
que lavándose las manos se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido,
partido hasta mancharse (...).
Siento en mí a cuantos sufren.
Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España, a España en sus aceros.
No es una poesía gota a gota pensada, no es un bello producto,
no es un fruto perfecto.
Es lo más necesario, lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo,
y en la tierra son actos.
Porque vivimos a golpes,
porque apenas si nos dejan decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.

¿Quién de nosotros permanece impasible ante las injusticias del tirano de turno y no las vocea cuando oye al hombre gritar, en estos versos, que por mucho que le hayan robado, por mucho que haya perdido, le «queda la palabra»?:

Si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.
Si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

¿Y acaso podría, finalmente, una mujer —por impasible o fría que fuese— negar al poeta lo que este le pide como única recompensa?:

Mujer, dame una cinta para atar el tiempo,
una palabra que no se me pierda
entre un olvido y un recuerdo.

Acabamos de contemplar algunos de los más luminosos paisajes de nuestra literatura, paisajes llenos de magia y encanto, paisajes tiritando de misterio, el misterio de ser hombre. Y es que la literatura «para mí —dice Ernesto Sábato (y para mí también —añado yo— y pienso que para todos nosotros)— no es un

pasatiempo ni una evasión, sino una forma —quizá la más completa y profunda— de examinar la condición humana»²³.

Y ahora, antes de terminar, quiero que recordemos todos como, a lo largo de la historia de la humanidad, el hombre ha cantado, y cantará, siempre, a la vida, al amor; y lo hace con la palabra, una palabra permanentemente renovada, renaciendo siempre nueva y, por tanto, joven, inmortal. Y el amor y la vida desembocan en la mujer, en la relación bipolar varón-mujer; porque, como dice Mario Benedetti, «Una mujer querida o vislumbrada desbarata por una vez la muerte».

Estos textos del siglo XVI de Juan de Yepes (San Juan de la Cruz), o éstos más cercanos del siglo XX, de Valle-Inclán o de Pablo Neruda o de Antonio Machado o de Juan Ramón Jiménez o de Gerardo Diego o de Vicente Aleixandre o de Luis Cernuda o de León Felipe o de Miguel Hernández, o los más recientes de Gabriel Celaya o de Blas de Otero, producen, en su comunicación total de amor espiritual/físico —del ser humano siempre—, el mismo escalofrío, el mismo «no sé qué que quedan balbuciendo» tanto en la España de ayer como en la España de hoy, como en los pueblos que hablan nuestra lengua. Estas palabras, las palabras —«palabras de amor, palabras»— forman un puente indestructible que tiembla conmovido a través de un tiempo y un espacio sin fronteras, sin límites, que «ni la muerte dinamitará». Ya lo dice Edgar Bayley:

Entre él y ella
la palabra
era el único puente que tenían;
aunque usaran las manos,
los labios, los ojos,
la persuasiva piel (...).
Era un puente sobre la soledad (...).
Dos tierras con sentido para vivir
por el puente que ni la muerte dinamitará.

Por eso —y como conclusión— yo hago más las palabras de Dámaso Alonso —que tenéis delante en el último de esos tres sonetos—:

Hermanos, los que estáis en lejanía
tras las aguas inmensas, los cercanos
de mi España natal, todos hermanos
porque habláis esta lengua que es la mía.

²³ E. Sábato, *El escritor y sus fantasmas*, Barcelona, Seix Barral, 2002, p. 11.

Y como nuestra misión es enseñar la lengua y la literatura, y hacer que nuestros estudiantes las dominen y comprendan, ayudándoles con nuestra experiencia y conocimientos —y después de haber andado el camino que nos lleva **de aquel mundo mágico a este mundo maravilloso**—, quiero terminar esta que yo llamo «charla entre amigos» recordando la frase que le dice también a Pablo Neruda el susodicho protagonista de la película *El Cartero*, Mario Ruópolo, y que nuestros estudiantes nos pueden exigir como él:

Me enseñasteis a usar la lengua para algo más que para pegar sellos; y ahora tenéis que ayudarme.

Muchas gracias, AMIGOS, por haberme escuchado.